en algunos editoriales de El Tradicionista, el intransigente Caro admitió que era indispensable recuperar el poder político, superar la marginación conservadora de los cargos públicos sin necesidad de hacer concesiones en materia religiosa.

El último capítulo es una tentativa de interpretación del conflicto que abarcó la segunda mitad del siglo XIX en Colombia y en buena parte de Hispanoamérica. El autor, por supuesto, no emplea una perspectiva comparada con respecto a otros países hispanoamericanos, pero concentra su análisis en una caracterización del conflicto en la oposición de modelos de organización de la vida republicana, uno sostenido por una cultura moral laica y otro por la tradicional cultura católica. Este último capítulo debió ser quizá el primero o ser la materia básica de la introducción de todo el libro. La estructura del libro de González es, por tanto, completamente descompensada.

Hay que admitir que el autor hizo una revisión prolija de fuentes, siguió las coordenadas básicas de lo que llamamos un marco histórico, pero repitió lugares comunes y retrocedió con respecto a lo que ya nos brindó, hace rato, el libro de Jane Rausch. Una visión "nacional" del problema político-religioso sigue siendo lo más apropiado; el camino del estudio de un solo estado fue una solución fácil. Esa omisión no le permitió al autor encontrar variantes regionales del conservatismo y del liberalismo colombianos, ni mucho menos le permitió hallar alianzas, matices, deslizamientos de actores y grupos. Por ejemplo, cómo funcionaron las escuelas normales, dónde y por qué logró erigirse la figura del maestro liberal como concreción de la lucha contra el antiguo predominio local del cura. Qué papel cumplieron los sectores populares en el proyecto de expansión del ideal del buen ciudadano. En el Cauca, he aquí otro ejemplo, las *Sociedades democráticas* tuvieron que presionar a la elite radical para obligarla a fundar escuelas nocturnas. En Santander, campesinos y artesanos organizaron colectas para dotar a las escuelas primarias. En la costa atlántica, los notables liberales eludieron responsabilidades en la organización de un sistema escolar. La prensa oficial instruccionista brinda testimonio de la desigual aplicación del proyecto laicizante liberal y de los obstáculos particulares que existieron. El examen de todo aquello sigue siendo necesario.

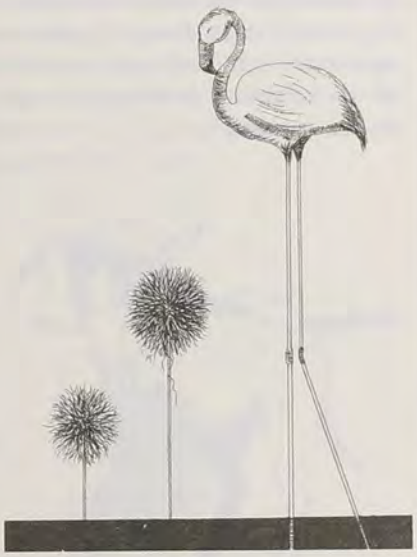
El mérito de González reside, entonces, en que al menos sacó del olvido un tema que parece haberse estancado en lugares comunes.

GILBERTO LOAIZA CANO

Recorrido histórico de festividades urbanas

Carnestolendas y carnavales en Santa Fe y Bogotá
Marcos González Pérez
Intercultura, Bogotá, 2005, 224 págs.

Este libro desafía una percepción muy extendida sobre Bogotá: la fría y lúgubre ciudad donde nadie ríe. Muy ligada a esto, la contraposición entre hedonismo y ser cachaco registrada por algunos de nuestros mejores intelectuales deseosos seguramente de oxigenar la montaña con las brisas marinas. De abrir la mentalidad bogotana, de sacudir las taras coloniales. Jaime Jaramillo Uribe, historiador y maestro si los hay, nos enseñó que desde tiempos coloniales la montañosa capital colombiana era reconocida como lugar intelectual, introspectivo, trascendente, pero nunca festivo. Los estudiantes, por su parte, especulaban con la idea de que el hedonismo de los indios precolombinos del altiplano era de bajo perfil, frío y gris como un día lluvioso en la carrera 10.ª. En 1933 una nota de El Tiempo afirmaba que la "famosa Atenas Suramericana no ha dado muestra alguna de tener talento para lo que más se necesita: para divertirse noble y gallardamente". La literatura cultivó metáforas sobre la ciudad de lluvia y paraguas. Y así todo el mundo contribuyó a forjar la leyenda negra de Bogotá, la ciudad de la eterna tristeza. Los cambios sociales y culturales vividos durante la segunda mitad del siglo XX han obligado a repensar esquemas y admitir finalmente lo evidente. La existencia de la fiesta bogotana.



Marcos González Pérez, historiador cuyo proyecto de vida es el estudio de la fiesta, ha escrito un libro dedicado a un objeto extraño pero muy de actualidad: los carnavales en Bogotá. Aunque la capital colombiana, como bien lo reconoce el autor, no da para un carnaval en el sentido de Río de Janeiro o Barranquilla, se trata de "propiciar una fiesta de nuevo tipo". El libro es su propuesta de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

fiesta urbana en el altiplano. Comienza con un capítulo sobre los orígenes históricos del carnaval bogotano que tiene como punto fuerte la recolección de información en documentos de archivo sobre la fiesta durante el periodo colonial. Registra la llegada de las fiestas españolas y su encuentro con los ritos agrarios indígenas. En este contexto, las fiestas se dan como celebraciones de fundaciones de pueblos y otros ritos oficiales con la constante combinación de oficios religiosos y diversiones populares. La estrategia española de construir en espacios sagrados indígenas da lugar a los ritos mestizos. Muchas fiestas oficiales de la colonia se dieron en el contexto del reformismo borbónico, que buscaba integrar las colonias a una propuesta de Estado-nación y así "los actos ceremoniales con los cuales las autoridades de la Nueva Granada buscan construir unos imaginarios de fidelidad al poder monárquico y unas formas de adaptación y de sumisión a los mandatarios locales, eventos enmarcados por la fastuosidad barroca propia de la época y que se escenifican como un calco en cada uno de los reinos de dominio hispánico en América".

Desde el siglo XVI se hacían carnavales en Bogotá, claro que sin las connotaciones de estas fiestas en otras partes. Eran fiestas bastante ponderadas (reuniones familiares, comidas, consumo moderado de licores, toros, bailes de máscaras) que "no tenían las características de un carnaval de la inversión social, ni de la sátira al orden constituido, sino que servían para el esparcimiento de los moradores de la ciudad". Otro punto fuerte del libro es el manejo de los calendarios como fuente de información sobre la fiesta: "es evidente que las carnestolendas fueron aceptadas en los calendarios religiosos como una parte de las vísperas del período de la precuaresma, toda vez que, de lo que se trataba era de mantener unas costumbres heredadas por la tradición española y ahora adaptadas a la nueva situación social en estos territorios". Comparte la siguiente observación aguda aunque políticamente optimista de Hermes Tovar: "la sociedad mestiza aprovechó el calendario cristiano para hacer de la ciudad un lugar de creación de una cultura marginal". La Bogotá colonial tuvo fiestas patrióticas con motivo de la independencia, como también la fiesta del Corpus con sus máscaras y disfraces zoomorfos y sus danzas de diablitos y dragones. En la segunda mitad del siglo XIX se da un cambio por la influencia política del radicalismo, que insistía en la fiesta como expresión de alegorías significativas del Estado-Nación. Se dio la tendencia a una recuperación laica del espacio público, invadido hasta entonces por lo religioso; esto significó el conflicto entre Iglesia que condena y Estado que laiciza.

Un logro evidente del libro es conectar carnaval y gobierno nacional, el estudio de cómo la atmósfera política y aun las políticas públicas inciden en el desarrollo de la fiesta. La Regeneración impuso un nuevo contexto marcado por una relación Iglesia y Estado basada en el Concordato y, en consecuencia, una nueva actitud frente a las fiestas populares. Evidentemente hay una decadencia del carnaval, o de lo que así se llama, hacia finales del siglo XIX. La historia moderna del carnaval de Bogotá es la de una fiesta atravesada por conflictos sociales. Como las discusiones públicas sobre la inmoralidad de toros y teatro, y la separación entre unos festejos arrabaleros centrados en la Ermita de la Peña y el barrio Egipto con bailes en San Victorino y consumo de chicha, por una parte, y por otra las fiestas elitistas (reuniones familiares, teatro, bailes en el Coliseo, tertulias) y el consabido paseo al Salto de Tequendama, programa cachaco por excelencia en tiempos pasados. Y en cualquier caso nada de locura general, ni júbilo frenético, ni entusiasmo desbordado. Los conflictos parecen más desbordados que el entusiasmo. El carnaval, o la idea de carnaval, vuelve a coger fuerza con la creación de la Federación de Estudiantes en 1921; y su propósito entonces era que la fiesta contribuyera a la transformación de Bogotá en una ciudad moderna. Compusieron un "Himno al Carnaval" y se inventaron un muñeco llamado Pericles Carnaval, una parodia cómica de sabor intelectual típicamente cachaca por cierto. Estos carnavales andinos tenían bando, desfiles de comparsas y carros alegóricos, una reglamentación minuciosa que incluía normas de comportamiento y reinas estudiantiles elegidas por voto popular. Ya en estos momentos era visible la influencia del carnaval italiano, sobre todo en el uso de máscaras. Era una fiesta elitista que, como no es de extrañar, generó discusiones y enfrentamientos físicos, amén de exclusiones o participación reducida de los sectores populares y demás.

Ciertamente, las especulaciones intelectuales no revelaban mayor novedad en comparación con lo que sucede en otras partes. Se registra la existencia de cierta reticencia iluminista que percibía al carnaval como algo pasado de moda y antiestético que tendía al bacanal. En el fondo una idea heredada del reformismo borbónico para el cual "los gastos en las fiestas eran considerados como un despilfarro y sus recursos debían ser invertidos en asuntos de verdadera utilidad". Una reticencia reforzada por un fenómeno de los años veinte: la campaña contra el alcoholismo y por la higiene social, que incidió en la valoración de las fiestas. Por su parte, la izquierda marxista no gustaba de los carnavales, lógico, porque los veía como "pan y cir-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

co". Llama la atención el movimiento de los trabajadores cerveceros, dirigidos por Jorge Eliécer Gaitán, que se enfrentó a la reina del carnaval de 1934 por ser hija del dueño de la cervecería. Aquí hay un seguro contraste con Barranquilla, ciudad en la que tener una cervecería sería una buena razón para ser reina de carnaval. También se observa una constante: casi todos pedían una fiesta más bogotana, algo ligado a las costumbres propias. En todo momento el lector acostumbrado a Barranquilla, o aún a Pasto, tiene la impresión de estar ante una fiesta de pueblo o de parroquia antes que de un carnaval.

Finalmente, toda la reflexión de González desemboca en el carnaval de Bogotá que la Alcaldía Distrital ha puesto sobre el tapete. Dado el tamaño de la ciudad y las características de las celebraciones proyectadas se valida su proyecto estratégico: "hacer visibles todas las fiestas locales", en lugar de promover una fiesta central. Se incluye el mapa festivo, un excelente registro de los eventos culturales locales en los que se aprecia que Bogotá es la ciudad que mayor oferta de bienes culturales tiene en el país y que muchos de estos eventos están ligados a la fiesta. Los desfiles de comparsas que se hacen en agosto; la Expedición por el Éxodo, que tiene elementos de carnaval en su parte lúdica y estética, los distintos festivales de cultura popular, música electrónica, negritudes, circo, títeres, mujeres, carnaval infantil, día de las velitas, *hip hop*, mariachis, música norteña, indios, gitanos, muestras regionales, el festival de la chicha y de la dicha. Incluso, eventos conexos como los festivales de teatro, aun cuando es difícil que los grupos de teatro callejero se transformen en comparsas. Hay muchos actos organizados por las localidades o alcaldías menores, cuya pertinencia sería necesario precisar. Además, González relaciona eventos cuya ubicación dentro del carnaval es dudosa, como los conciertos masivos tipo *Rock* al Parque, el festival de cine, la temporada de toros, y menos que menos el 1.° de Mayo. Se apoya en la oposición al tiempo cotidiano para decir que el carnaval admite fechas distintas a las tradicionales, un razonamiento pragmático comprensible en un libro sobre el carnaval en Bogotá. Yo mismo impulsé eventos de carnaval en la Universidad Nacional que coincidieran con el 31 de octubre. El autor, quien tiene lo suyo de bajtiniano, sueña con la unidad de actores y espectadores, que era algo evidente en las fiestas medievales y, en general, en las fiestas de pequeña sociedad. Hoy ya no tanto por el necesario carácter masivo de toda fiesta pública que tiene a la separación entre actor y espectador como uno de sus elementos fundamentales. De todos modos, creo que el proyecto de fiesta urbana bogotana que promueve González es una idea viable que su libro sustenta coherentemente. Para terminar, me consta personalmente que los bogotanos no saben gozar la maizena en carnaval, porque la arrojan a los ojos con agresividad. A futuro, este es un aspecto clave que deberán enfrentar quienes se proponen convertir a Bogotá en un rincón caribe del altiplano.

ADOLFO GONZÁLEZ HENRÍQUEZ

El perfume de las frutas

El aroma frutal de Colombia
Carmenza Duque y Alicia Lucía Morales (eds.)
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, 345 págs., il.

Colombia, Brasil e Indonesia son los países con mayor diversidad biológica del mundo, ya que albergan gran cantidad de especies. Este hecho, conocido de sobra por profesionales y demás involucrados con los recursos naturales, al fin ha comenzado a tener eco en otras esferas, como la de aquellos que buscan aplicaciones prácticas de los recursos naturales, promoviendo de paso alternativas de desarrollo sostenible para nuestro país.

El libro, tema de esta reseña, es un verdadero ejemplo de lo que puede brindar la investigación a largo plazo en Colombia al explorar los usos de la diversidad biológica con miras a la industrialización y al comercio nacional e internacional de productos de origen natural. La publicación es fruto del quehacer de un sólido grupo universitario dedicado,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.